

## UNIDAD EN LA DIVERSIDAD. EL DESAFÍO DE LAS NACIONES

### La unidad en la diversidad.

«Hoy en Vadstena estamos celebrando nuestra unidad. Es la unidad en la diversidad. ¡Ella es auténticamente nórdica y auténticamente católica! Con diferentes talentos y diferentes países y diferentes culturas... Jesús, uno en el ideal del servicio cristiano, uno persiguiendo la justicia, uno proclamando una igual dignidad humana para todos».

JUAN PABLO II: Homilía durante la Misa celebrada en el patio del castillo de Vadstena, sábado 10 de junio. *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, año XXI, núm. 27 (1.070), domingo 2 de julio de 1989.

### El resurgir de las nacionalidades.

«El resurgir de las nacionalidades es una característica de nuestra época. Algunos pueblos, asfixiados por el comunismo en Europa central y oriental, reivindican sus propios derechos a constituirse como naciones autónomas. Es legítimo que se preste atención a sus deseos. La Iglesia, por su parte, defiende los derechos de las naciones; y a menudo ha representado para ellas un apoyo sólido. En efecto, los derechos del hombre sólo se hacen efectivos en el interior de las comunidades naturales en las que se desarrolla su vida. Pero existe asimismo otra comunidad hacia la que todos somos responsables, es decir, toda la humanidad, con sus diferentes componentes geográficos y culturales. Las naciones deben aprender a vivir juntas en el respeto mutuo, apoyándose siempre en las estructuras jurídicas comunes de carácter internacional, a escala continental e, incluso, mundial. Esas instituciones son necesarias de modo particular hoy día, a fin de que se destierre el uso de la fuerza como medio para resolver los conflictos y se dé cabida a la cooperación económica y al desarrollo».

JUAN PABLO II: Discurso a algunos líderes de partidos demócratas-cristianos, 23 de noviembre. *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, año XXIV, núm. 1 (1.201), 3 de enero de 1992.

## El desafío que representa a la nueva Eslovenia.

«La identidad nacional constituye de suyo una gran riqueza incluso —y con mayor razón— en un mundo como el nuestro, llamado a una colaboración cada vez más estrecha, pues es cada vez mayor el acercamiento de los pueblos.»

«La autonomía nacional es un valor importante, pero no absoluto. Muchas veces en la historia antigua y reciente, hasta llegar a nuestros días, el sentimiento patriótico ha degenerado en nacionalismos cerrados y agresivos, que han provocado lágrimas y sangre.»

«Este es, pues, un desafío decisivo para el momento histórico que la humanidad está viviendo. Si no queremos repetir ciertos errores, que en el pasado incidieron tristemente en la historia europea y mundial, es necesario reafirmar con fuerza que hay que anteponer el hombre, con su dignidad inalienable, a cualquier interés nacional y que, por encima de las tradiciones particulares de cada uno de los grupos humanos, está la comunidad internacional, que hay que construir en la justicia, la solidaridad y la paz. Todo grupo social debe tener en cuenta las necesidades y las legítimas aspiraciones de los demás grupos; más aún, debe tener muy en cuenta el bien común de toda la familia humana' (Gaudium et spes, 26). Si olvidamos esto o nos alejamos de esta visión de la historia humana, corremos el riesgo de dar vida nuevamente a peligrosos escenarios de guerra fratricida, como los que están sembrando la muerte en la zona balcánica y en otras partes del mundo».

JUAN PABLO II: Discurso al señor Milan Kučan, presidente de la República de Eslovenia, en visita oficial, viernes 19 de febrero. *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, año XXV, núm. 12 (1.264), 19 de marzo de 1993.

## Ante el redespertar de Lituania independiente.

«La Iglesia, que conoce muy bien el valor de la historia como preparación al reino que viene (cf. Gaudium et spes, 39), a la vez que coopera con los esfuerzos de los hombres por alcanzar la libertad y la justicia, mira más allá, sin contentarse jamás con los objetivos logrados. Está animada y casi apremiada por la caridad de Cristo: 'Caritas enim Christi urget nos' (2 Co 5, 14). No se trata, sin embargo, de una urgencia según la carne. Sin ansia ni impaciencia, sino con el celo por la casa de Dios' (cf. Jn 2, 17),»

«La Iglesia sigue sembrando abundantemente la semilla espiritual del Evangelio en el terreno de las generaciones que se suceden, porque está segura de que echará raíces y al fin dará fruto gracias a la acción misteriosa del Espíritu.

«Esta es la misión de los discípulos del Señor en todas las épocas de la historia. Esta es la tarea primordial de cada uno de nosotros, los obispos, llamados a ser en el umbral del tercer milenio testigos de Cristo, 'que nos libertó para ser libres' (Ga 5, 1).

«Ha llegado, pues, la hora del despertar y de la primavera, la hora de la formación de las nuevas generaciones y de la educación de las conciencias, a fin de que el bien de la libertad, vivido a la luz de la verdad evangélica, madure y dé los frutos esperados en todos los ámbitos de la sociedad. Los cristianos saben que tienen que contribuir responsablemente, en primera línea, a la reconstrucción moral, política y económica del país. Es necesario contar con personas preparadas y bien formadas para esta empresa importante y difícil.

«Advertís en vuestra gente una tensión comprensible entre el gusto del descubrimiento de la fraternidad civil y la experiencia de las consecuencias inevitables del pasado reciente. Es preciso plasmar a los artífices de un futuro de legalidad, en el que las relaciones entre los ciudadanos sean reguladas por el magisterio imparcial del derecho. Además, hoy se plantea el problema de la opción entre los diferentes modelos de desarrollo y sus consiguientes opciones económicas, que conllevan una propia orientación de carácter ético y cultural. Por otra parte, no es fácil la definición de las relaciones internacionales en una zona geográfica como la vuestra, marcada por fuertes tendencias de cambio.

«En esta perspectiva, es necesario que las nuevas fuerzas sociales se movilicen con gran sentido de responsabilidad y de discernimiento, para no ceder a la tentación de un bienestar únicamente material. El desarrollo —escribí en la encíclica Centesimus annus— 'no debe ser entendido de manera exclusivamente económica, sino bajo una dimensión humana integral. No se trata solamente de elevar a todos los pueblos al nivel del que gozan hoy los países más ricos, sino de fundar sobre el trabajo solidario una vida más digna, hacer crecer efectivamente la dignidad y la creatividad de toda persona, su capacidad de responder a la propia vocación y, por tanto, a la llamada de Dios' (n. 29)».

JUAN PABLO II: Visita «ad limina», Discurso a la Conferencia episcopal de Lituania, sábado 27 de febrero. *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, año XXV, núm. 12 (1.264), 19 de marzo de 1993.